

EL SINDICALISMO ARGENTINO EN CUESTIÓN

La CTA y las limitaciones del gremialismo alternativo

por Andrés R. Schipani*

Motivos de un fracaso



Carlos Gorriarena, Pelotari II, 1975 (Gentileza Sylvia Vesco)

Nacida en los años 90 como una alternativa al sindicalismo tradicional, la CTA no logró romper la hegemonía de los gremios burocráticos ni penetrar en el sector privado. Hoy, tras una elección interna que terminó con acusaciones cruzadas de fraude, la central se encuentra virtualmente dividida.

Las dificultades de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) para constituirse en una alternativa al sindicalismo tradicional son indisolubles de su incapacidad para penetrar el bastión tradicional de la CGT: el sector privado. Su ascendencia ha estado confinada a los empleados públicos y de la educación. Si bien estos dos sectores agrupan a más de un millón de trabajadores, su escasa importancia estratégica en el entramado económico torna a los sindicatos del sector público candidatos poco aptos para ejercer el liderazgo del movimiento obrero. ¿Por qué la CTA no ha podido penetrar los sectores estratégicos de la economía? Mucha tinta se ha vertido sobre la negativa a otorgarle la personería gremial a la central, un obstáculo que sin duda impone severas limitaciones a su acción. El foco en los impedimentos legales ha encubierto, sin embargo, dos limitaciones de orden estructural que enfrenta la CTA a la hora de ampliar su ascendencia en el movimiento obrero: la evaluación inexacta de la legitimidad de los sindicatos enrolados en la CGT y la carencia de cuadros políticos dotados de los recursos necesarios para disputar la conducción de las comisiones internas en el sector privado. Veamos.

Mitos

La mirada del sindicalismo progresista hacia la CGT tiende a caracterizarla como

un universo de organizaciones poco democráticas, carentes de militancia de base y renuentes a confrontar con los intereses empresarios. Se enfatiza, en primer lugar, su verticalismo, aduciendo que las decisiones son tomadas por las cúpulas con poca atención a la opinión de las bases. En segundo lugar, la hegemonía del "sindicalismo burocrático" se explica desde los círculos progresistas a partir de una combinación del monopolio legal de la representación sindical y el uso de la coerción física. En otras palabras, se asume que los gremios de la CGT tienen escasa militancia de base, recurriendo a "patotas sindicales" para evitar el surgimiento de delegados opositores. Por último, los gremios burocráticos son caracterizados como organizaciones conciliadoras con los intereses empresarios, más preocupadas por obtener beneficios organizativos, como el manejo de las obras sociales, que por conseguir beneficios para sus bases.

Esta caracterización de los sindicatos cegetistas como "gigantes con pies de barro" ha convencido a muchos dirigentes de la CTA de una tesis peligrosa pero conveniente: la idea es que, una vez eliminado el monopolio sindical por rama, bastaría con enviar un contingente suficientemente fervoroso de militantes sindicales a las fábricas para hacerse con el control de los gremios.

Sin duda muchos de los gremios enrolados en la CGT se ajustan a este tipo ideal

de "sindicato burocrático". Los manejos corruptos que han hecho de las obras sociales sindicatos como los bancarios y las "patotas" empleadas por gremios como el gastronómico de Luis Barrionuevo, son síntomas de una realidad presente en el universo sindical.

Sin embargo, existe también otro tipo de sindicalismo al interior de la CGT, un sindicalismo que aquí llamaremos "militante". Este sindicalismo es heredero de la tradición vandorista, que concibe a la movilización obrera y la organización en las fábricas como los ejes centrales de la acción sindical. Esta variante se expresa en las conducciones de los camioneros, petroleros y metalúrgicos, entre otros.

Un ejemplo en este sentido es el de los trabajadores de la industria automotriz enrolados en el SMATA. A la hora de negociar los convenios colectivos, cada fábrica elige "delegados paritarios", trabajadores rascos sin experiencia gremial que participan -junto a la comisión interna y la cúpula- de las negociaciones colectivas. La comunicación entre la comisión interna y las bases es permanente, celebrándose reuniones diarias entre delegados de sección y trabajadores para discutir los avances. En los últimos años, el sindicato ha conseguido aumentos de salario anuales que en ocasiones superaron el 30%, y ha logrado conservar los puestos de trabajo durante la última crisis económica.

Este tipo de "sindicalismo militante" no sólo conduce diversos gremios de la CGT, sino que incluso ha emergido en varios sindicatos bajo la forma de corrientes opositoras a la conducción oficial de líderes "burocráticos". Las razones deben encontrarse en la reactivación económica iniciada en 2003: tras casi ocho años de crecimiento, el poderoso efecto disciplinador del desempleo se desvanece y las bases se vuelven más exigentes. ¿Por qué, entonces, la CTA no ha sabido aprovechar este contexto favorable?

Prejuicios

Las dificultades de la CTA para penetrar el sector industrial obedecen en parte a su incapacidad de percibir estos grises presentes en el universo sindical peronista. En primer lugar, estas divisiones abren un espacio interesante para avanzar en alianzas políticas que promuevan los intereses comunes de los trabajadores. En este sentido, el ascenso de los gremios más militantes a la conducción de la CGT, con Hugo Moyano a la cabeza, ha inaugurado para la CTA una posibilidad única. Es preciso recordar que esta coalición ya se había forjado en los años 90, cuando Moyano abandonó la CGT en oposición a las reformas neoliberales y se unió a la CTA y a la Corriente Clasista y Combativa (CCC) en la organización de protestas masivas. El liderazgo de Hugo Yasky al frente de la CTA percibió con astucia esta oportunidad, fomentando algunas acciones conjuntas (aunque insuficientes) entre las dos centrales, como los reclamos de aumento del salario mínimo.

En segundo lugar, la política de la CTA de penetración en organizaciones fabriles de base no ha sabido explotar estas diferencias entre sindicatos militantes y burocráticos. Con frecuencia la CTA ha invertido recursos en la promoción de delegados disidentes en industrias tradicionales, como la automotriz, donde suelen existir sindicatos del tipo militante. Ello ha conducido a un fracaso tras otro, por una razón sencilla pero difícil de digerir para el progresismo: se trata de sindicatos con amplia legitimidad entre las bases.

En rigor, el período iniciado en 2003 abrió una oportunidad única para que la CTA concentre sus recursos en disputar la conducción de las comisiones internas de los gremios "burocráticos", como el de comercio, bancarios o alimentación. En los 90, sus conducciones se concentraron

en preservar sus beneficios organizativos y descuidaron la organización de base, por lo que han quedado más expuestos a la emergencia de corrientes opositoras internas. Moyano es consciente de ello, y por eso busca arrebatar empleados al gremio de comercio. La izquierda también lo ha advertido, insertándose con éxito en la industria alimenticia. La CTA parece ser la única que aún no lo percibe.

Ahora bien, las limitaciones de la CTA no se circunscriben a sus errores de cálculo estratégico. Su incapacidad para penetrar en el sector privado se explica también por una carencia estructural de cuadros políticos dotados de una visión finalista de la militancia. Si bien los dirigentes de la CTA comparten ciertos principios básicos, como la democracia y la autonomía sindical, la central funciona más como una federación de dirigentes progresistas que como una organización centralizada y coherente capaz de orientar la acción militante.

Esta pluralidad sin duda es valiosa y ha permitido nuclear a dirigentes sindicales de todo el espectro progresista. Sin embargo, constituye también una debilidad. En particular, la ausencia de cuadros militantes disciplinados y motivados por una cosmovisión política común ha privado a la militancia sindical de la mística necesaria para emprender la difícil tarea de predicar en gremios que le son hostiles.

En este contexto, los militantes dotados de una visión finalista de la política, como los pertenecientes a partidos de la izquierda tradicional, han contando con una ventaja estratégica crucial. En efecto, no es casual que las comisiones internas disidentes más importantes del país estén controladas por militantes de partidos de izquierda y no por miembros de la CTA, como los trabajadores de Kraft o el subterráneo. Incluso en el único gremio industrial de peso controlado por la CTA, el de los neumáticos, la principal empresa del sector es controlada por dirigentes de extrema izquierda opuestos a la conducción de la central. El hecho de que partidos políticos minúsculos se impongan en las fábricas frente a una central que nuclea a más de un millón de trabajadores muestra a las claras una deficiencia estructural que la CTA debe remediar de inmediato.

El futuro

La CTA emergió en los noventa como un proyecto sindical novedoso, que vino a oxigenar el universo gremial a través de la promoción de valores como la democracia sindical, la autonomía frente a los partidos políticos y una defensa irrestricta de los intereses de las bases. Su contribución a la política sindical ha sido inmensa y su resistencia al neoliberalismo un ejemplo de compromiso militante. Su desafío en el presente es trascender su horizonte de lucha a través de una estrategia que llene el vacío de militancia creado por las tradiciones sindicales más burocráticas del sector privado.

En este sentido, la fractura entre las corrientes internas lideradas por Hugo Yasky y Pablo Michelli es sintomática de las limitaciones de la central. Por un lado, pone al descubierto las dificultades de combinar un excesivo pluralismo interno con la capacidad de presentar un frente de lucha unificado ante eventuales disputas salariales. Por otro, el ascenso de las corrientes internas más alejadas del sindicalismo cegetista augura pronósticos sombríos para una política de alianzas entre las dos centrales de trabajadores. ■

*Político, graduado de la Universidad Torcuato Di Tella, doctorando en la Universidad de California, Berkeley.